
FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.

UNA LÁGRIMA DE UNA NIÑA.

Figuraos, queridos lectores, que nos hallamos en un teatro de Paris en un salon de cuatro metros cuadrados, donde por espacio de seis horas, desde las seis hasta media noche, estan reunidos los actores y actrices, directores, autores dramáticos y periodistas. Allí se habla, no para murmurar, sino para entretenerse alegremente como se hace entre amigos, ó para servirme de una expresion muy usada, entre *camaradas*. Sin incomodar á nadie puede uno en aquel sitio dar expansion á su espíritu y explicarse como bien le pareciere. Allí uno dice un chiste picante, otro cuenta una crónica casi escandalosa, este habla de tales ó cuales novedades, y aquel recita una anécdota moral. Uno de los dias oí una historia sencilla, pero por sencilla que pudiese ser,

me llegó al corazón. Voy á escribirla tal cual yo la oí, y si dejais su lectura, queridos niños, antes de concluirla, estad seguros de que me explico mal.

Se había hablado de la lluvia, del buen tiempo y de varias otras cosas, cuando á propósito de una pobre niña que había asistido por primera vez al teatro la tarde anterior, y que se hallaba inmóvil, sin voz, y por decirlo así, inanimada, la conversación tomó un rumbo un tanto metafísico.

—No se curaba de miedo decia uno. La naturaleza nos cria atrevidos ó tímidos.

—Como frios ó ardientes, dijo otro, jugadores ó lujuriosos, inclinados al vicio ó á la virtud. Segun que el temperamento sea nervioso, sanguíneo, linfático, ect. así también son las inclinaciones de los hombres. Esas historias sangrientas que se cuentan con demasiada frecuencia, tienen su origen en el temperamento nervioso, al paso que los que mueren tranquilamente en su lecho, pueden asegurarse que lo tienen linfático. Se pretende que los hombres son lo que la educación los hace, ¡error! Los hombres son toda la vida lo que fueron al nacer.. ¡Tanto mejor para aquellos que nacen bien organizados! Tanto peor para los otros!

—Alto, replicó uno de los oyentes: eso es puro materialismo y muy desconsola-

dor. Si la humanidad está sujeta á lo que V. dice, la humanidad es una calamidad, y seria mejor poner una piedra al cuello de cada hombre, atarle de pies y manos, y arrojarle al rio. ¿Cree V. por ejemplo, que un hombre lleno de ridiculez, de vicios y de pasiones no puede corregirse?

—De ridiculez puede ser; de vicios y de pasiones, jamás. Mostradme un ambicioso, un jugador, un avaro convertido; ¡Yo os desafío!

—Un avaro convertido? Hay uno entre nosotros, y este soy yo, exclamó uno de los autores dramáticos; hombre de corazon, en el cual la pródiga generosidad es hoy proverbial.

—Usted ha sido avaro, V.?

—Como Harpagon, y ademas mas tozudo que el burro de Goldoni. La sola diferencia que habia entre él y yo consistia, en que yo era poco complaciente, y él solo burro. Ahora ya estoy radicalmente carado de estas dos enfermedades.

—¿Y quién, pues, ha operado esta cura tan maravillosa?

—Quién? *Una lágrima de una niña.*

La atencion de los cocurrentes se redobló, y todos nos rodeamos al autor convertido.

Esto era en el año 1834, dijo él; yo venia de dar al teatro de la puerta de S. Martin aquella de mis piezas que hasta este dia me ha dado la mas fuerte suma de dinero, y

lo que es mas, la mas fuerte suma de renombre, si esta palabra me es permitida pronunciar. Dos cartas me trageron á la vez de Marsella: la una era del director del teatro, en la que me anunciaba que vistas las dificultades que, de poner en escena, ofrecia mi drama, se me proponia que fuese yo mismo à dirigir los últimos ensayos. La administracion del teatro me ofrecia la indemnizacion de todos mis trabajos fuesen los que fuesen. Me fué preciso partir al momento,

La otra carta estaba concebida así.

«Señor; la mujer y la hija de vuestro hermano mueren de miseria: algunos cientos de francos las arrancarían á la muerte: vuestra presencia les daría la salud.

Firmado.—El doctor Lambér.»

Ya os lo he dicho hace poco y no tengo inconveniente en repetirlo, por que ahora ya puedo hacerlo sin vergüenza: yo tenia el alma de Arpagon. La carta del doctor me incomodó tanto, que la estrujé entre mis manos de cólera. Esto no obstante, la proposicion del director del teatro de Marsella exigia una solucion inmediata: partí.

Mi viage no fué mas que una larga adicion. Yo calculaba lo que podia ser la indemnizacion que pudiese reclamar; tanto, decia valdrán mis consejos, tanto mis palabras; parecia un verdadero comerciante.

Cuando me acordaba de mi cuñada, hacia todo lo posible por olvidarla al momento: cada vez que me acometia un recuerdo, lo rechazaba con fuerza. ¡Oh! esto era malo, muy malo; porque habia tenido yo una culpa inmensa en la desgracia de aquella mujer. Algunos años antes, mi hermano, honesto marinero, que la mar ha devorado, me habia escrito manifestándome que iba á casarse con la hija de un pobre pescador, la cual le llevaba un dote compuesto de un excelente corazon, de hermosos ojos y de una perfecta carencia de numerario.

A esta carta le respondí néciamente. «Tu te vas á casar con una mujer á quien amas, pero tiene menos intereses que tu. Sed felices si podeis; pero os digo á los dos que haceis una tonteria. Si aun hay tiempo, no lo hagais....Adios.»—Esta carta era poco atenta, pero en cambio era bien grosera.

Mi cuñada era bretona, y á lo que todo el mundo decia, era orgullosa y testaruda, aunque honrada, como la generalidad de las bretonas. Ella no olvidó jamás aquella carta brutal; y en su corazon tenia reconcentrado un desprecio profundo para el que la habia escrito. Asi, cuando una tempestad le arrebató á su marido, cuando sin apoyo, sin esperanza, se vió reducida á combatir contra la pobreza y la enfermedad, se resol-

vió á morir mil veces antes que apelar á su hermano; y hubiera muerto, en efecto, sin escribirme, sin perdonarme. Esto hubiera sido muy breton, sin duda, pero tambien poco prudente y poco cristiano.

Mas la bretona no estaba sola en el mundo! Tenia una pequeña hija á quien amaba entrañablemente, y sobre una mala cama donde se consumia su madre, sufría tambien el hambre la pobre niña con una resignacion de ángel. La bretona era testaruda, pero esto no impedia que amase á su hija con todas las fuerzas de su alma. Pronto reconoció que si no queria matarla, era necesario redoblar su valor, reprimir su orgullo y dirigirse á su cuñado para salvarla de aquella calamidad. Lo consultó con el médico, hombre honrado y caritativo, quien al primer golpe de vista habia reconocido que el verdadero mal de su cliente era el hambre; mas no habia podido dar á la paciente mas que un socorro insuficiente porque á él mismo le faltaba lo necesario.—Los médicos de los pobres tienen todos los talentos excepto aquel de hacerse ricos.—Este era aquel digno hombre que se habia encargado de escribirme.

Cuando yo llegué á Marsella, el doctor estaba en el portal de las Mensagerias, y como no le habia respondido á la carta en

que me pedia dinero, él se habia dicho en su simplicidad: él vendrá! y de dia en dia me esperaba. Las bellas almas son así: siempre suponen el bien. Las palabras que dijo para saludarme fueron estas: «V. no ha querido perder el tiempo, señor. Usted ha tenido presente que su retardo seria un golpe de muerte. Dios os recompensará esa buena accion.» Este elogio me pareció como una ironía, pero tuve el valor de decirle que yo no lo merecia.

—«Y qué hombre ha rechazado jamás una justa alabanza? replicó.»

La primera visita que habia determinado hacer era al teatro; pero hube de hacerla á mi cuñada. La encontré en una miserable habitacion, que no merecia los honores de casa, donde jamás habia penetrado un rayo de sol. Cerca del lecho del dolor tenia una pequeña hija de negros y grandes ojos, pestañas espesas y dorada cabellera que formaba un cuadro de caprichosos bucles, todo lo cual daba á su fisonomia una impresion de finura, de inteligencia, y de aquella grave resignacion que dá el precóz hábito del sufrimiento. Gran Dios! ¡Todavía parecia bella, y su pálido y descarnado rostro era tan elocuente que conmovia al mas sereno!

La contemplé con silencio. Entonces comencé á comprender que hay en la infancia un poderoso atractivo, una fascinacion

victoriosa, que seduce con un irresistible imperio, y que transforma el corazón más empedernido y le hace experimentar emociones dulces y tiernas. Yo hubiera querido abrazar á tan deliciosa niña, mas la sordida avaricia me inspiró un horrible pensamiento. Me dije: si me conmuevo, soy perdido, porque voy á crearme deberes sin cuento de que hasta ahora he podido sustraerme; yo podré hacer desaparecer hasta la última traza de la impresión que me ha producido la horrible miseria que se presenta á mi vista. Este pensamiento me llenó de terror y retrocedí como retrocede un hombre que cree apereibir un abismo bajo sus plantas. El buen doctor no podía adivinar lo que había en mí de ceguera y de espantoso egoísmo. El lo atribuía á la piedad. Esta idea enfrente de un espectáculo semejante, le hizo sonreír melancólicamente, y llegándose á mí me cogió de la mano y me dijo:—«La vista de este grande infortunio os ha conmovido, señor! Pero el médico debe antes que todo familiarizarse con el aspecto del mal que trata de curar. Para estas pobres criaturas vosotros sois la única medicina. Acercaosla y me condujo á dos pasos del lecho. De mi frente cayeron entonces dos gotas de glacial sudor. La vergüenza me atormentaba y mi conciencia me acusaba. Cuan-

do la bretona me vió cerca de ella, hizo un violento esfuerzo y se incorporó en] la cama.

Habia en su fisonomía un no se qué de tristeza y de ferocidad: hubiera querido pedirme alguna gracia; pero no osaba hacerlo á un hombre en quien no reconocia mas que á un enemigo. Por último se resuelve: para sí nada me pide; pero con su dedo descarnado y temblando de emocion, me muestra su hija, y con un acento que salia del corazon me dice con una voz la mas dulce del mundo: «¡He aquí un pobre ángel del buen Dios que pronto no tendrá madre!» Esta corta pero enérgica alocucion no produjo efecto en mí, y en lugar de dirigirme á la niña y acariciarla, repuse con la mayor sangre fria «¿Por qué abrigar tan 'malas ideas? V. es jóven y tiene buen médico:» es necesario, pues, no desesperar.— «Otro cualquiera hubiera contestado: Aqui teneis á vuestro hermano que quiere hacer olvidar los perjuicios que os ha causado: contad con él, él será el padre de vuestra hija.»—Mas yo pensaba todo lo contrario, y no me ocupaba otro pensamiento que huir; pero mis piernas parecian inmóviles. ¡O culto de buey de oro, cuán fecundo eres en infamias!

En aquella alternativa yo meditaba una salida vergonzosa, la candorosa niña no cesaba de mirarme con unos ojos en que manifestaba mas

sorpresa que dolor; se aprovecha de la posición en que me hallaba y retira mi mano de la del doctor: me indica el pie de la cama sobre la cual yacia su madre, y me dice con una voz llena de dulzura: «Sientate aquí, porque eres muy alto para que yo pueda abrazarte si no me tienes sobre tus rodillas.»

Yo me senté y ella misma se puso sobre mis piernas. En cuanto á mí, conocí que el momento decisivo habia llegado y procuré hacer mi corazón tan duro como el bronce, si ya no lo era. Yo, me decia, nada debo á esta mujer ni á esa niña; el precio de mis trabajos me pertenece á mí solo; el porvenir es largo y lleno de peligros y el sacrificio seria imprudente y loco. Yo me daba en una palabra todas las excelentes razones que mi egoísta amor me sugeria. Mi convicción una vez hecha, me resolví á ser fuerte, y frunciendo las cejas observé á la niña. Ella también me miraba, y su vista límpida y natural, atrevida se fija en la mía que parecia querer buscar por qué lado abrir una brecha en mi glacial corazón. Al fin se decide, y cruzando sus pequeños brazos en mi cuello me dice con una voz argentina. «Quieres ser tu mi papa? Yo te querré mucho! Tu tienes una cara semejante á mi papá! El tenia el aire malo como tu, pero era muy bueno; él acostumbraba á hacer los mis-

mos gestos que tú pero, yo no tenía miedo...
Eres tu también bueno?»

Cuánto había de gracioso y seductor en aquella infantil interpelación no me es fácil decir.

Y sin embargo yo no cedía! Al contrario, entonces hice mi último esfuerzo con todo el rigor de mi alma; y desatando con ruda vivacidad sus pequeños brazos que estaban fuertemente enlazados al rededor de mi cuello, la arrojé al suelo sin decirle una palabra. En aquel momento vi sobre su cara maravillosamente expresiva de un profundo dolor, una brillante lágrima semejante à una gota de rocío, que rodando por sus pálidas mejillas, cayó sobre mi mano que tembló à su contacto. Esta lágrima hizo en mí una súbita revolución; mi avaricia y mi brutalidad se me representaron con todas sus repugnantes consecuencias; la verdad apareció con todo su poder, me avergoncé de mí.—Sin buscar mas razones para resistir el instinto de bondad que había brillado en mi alma, me contenté con sentir, y aquella sensación que me conmovía y me hacía experimentar un consuelo à que no estaba acostumbrado me decidió à guiarme por el impulso de mi corazón. Estendí sin dilación mi mano sobre la cabeza de la pobre niña, y la dije estas palabras:» Delante de Dios y delante de tu madre que me es-

cuchan, yo prometo ser tu padre, y jamas, yo lo juro, habrá habido hija mas tiernamente querida que tu lo serás por mí.

Ah! si ustedes hubieran visto á la bretona cuando me oyó hablar así! Sus ojos brillaron, su fisonomia que hasta entonces revelaba su origen, se iluminó por la bondad, su pecho latia con fuerza, su boca se abria sin duda para hablarme, pero las palabras se ahogaban al salir. El médico y yo tuvimos un temor fundado; creiamos que la alegría iba á quitarle la vida. Mas la alegría mata raras veces. Pronto la enferma respiró con mas libertad; pudo llorar, y dice: «Hermano, yo os habia juzgado mal»...—Ella añadió no se qué otras palabras que no quise escuchar. Yo creia, Dios me perdone, que si la hubiese dejado me hubiera pedido perdon de mi brutalidad. Qué horror! Esto hubiera sido bastante para morir de remordimientos.

Yo le interrumpí y la hice observar que estaba muy débil y que convenia que guardase silencio. El excelente médico aprobó lo que dije; ordenó algunos medicamentos y se despidió de la enferma; pero sin darle lugar á que saliese, le llamé, le presenté mi cartera y le dije:

Doctor, otro servicio deseo: que mi cuñada salga de esta casa: yo no he estado nunca en Marsella y á nadie conozco: V. bus-

cará lo mas pronto posible una habitacion, donde estas desgraciadas puedan respirar un aire mas puro y donde penetren bien los rayos del sol »

El doctor me respondió: » esta pobre mujer no podrá disfrutar largo tiempo de esa dicha, y tal vez... »

— «Eh! doctor, aunque no viva mas que un dia algo es en una vida de miseria y de lágrimas un dia, de felicidad!»

El doctor aceptó la comision: por la tarde ya lo habia desempeñado y tambien como pudiera apetecerse. Al dia siguiente, ya ocupábamos muy cerca del mar una casa sencilla, pero admirablemente situada. No habia á su alrededor mas que agua y verdura: nada podia apetecerse mas hermoso que aquel delicioso lugar. Allí, habia yo fundadamente concebido la idea de que mi cuñada pudiera curarse; ¿y cómo no concebir esta esperanza? Ella estaba tranquila: una dulce sonrisa asomaba á sus labios, sobre todo cuando me veia, olvidando mis cuarenta años y mis cabellos color gris, acariciar á aquella hermosa niña de quien habia jurado ser padre. Pero vana esperanza!...no podia realizarse si Dios no hacia un milagro. Hacia largo tiempo que se habia establecido un combate entre la enferma y la enfermedad: las fuentes de la vida se habian secado: cien-

cia y cuidados ya nada podían. Mi cuñada sabía mejor que nosotros que el término de su vida llegaba, pero nunca se lo oímos decir: la mayor tranquilidad al parecer reinaba en su alma. Rara vez hablaba, porque no quería hacer derramar lágrimas á su querida hija.

Pronto llegó el momento fatal!

Era una hermosa tarde de verano; una suave brisa agitaba apenas las hojas de las frondosas plantas que nos rodeaban por todas partes y nos conducía el precioso aroma de las flores, la luz reflejaba sus rayos por entre los árboles é iluminaba la cara de la bretona que, puesta entre su hija y yo, parecía estar embriagada de placer; pero, ¡oh fatalidad! cuando más descuidado estaba, senti que su mano convulsiva, oprimía la mía: me fijé en su fisonomía, un sudor frío que bañaba su rostro es lo que primero observé; y al mismo tiempo una serenidad celestial que no me permitió dirigirle la palabra. Al fin me resolví, y cuando la dije, cuñada...— «Hermano, me contestó, gracias mil veces os doy porque me habeis hecho comprender lo que es ser dichosa; ya me voy contenta....me muero....mi hija....amad á mi hija....Adios.

Cesó de hablar: todo habia terminado.

Lo podreis creer? Esta muerte no tuvo pa-

ra mi nada de terrible. En aquellas últimas palabras, en aquella última sonrisa, en aquella postrer mirada en que brillaba un rayo de esperanza, había un no se que de místico, una calma magestuosa, una tranquilidad de ángel; no era el anuncio de una mala noche, era la aurora de un venturoso día!

Desde aquella época, la hija de mi hermano es la mía; á ella me dedico todo entero; mis alegrías dependen de las suyas, de su vida, mi vida. Ah! Yo le debo tanto! Solo para ella deseo vivir! Aquella lágrima, perla preciosa que mi corazón recibió, fué para ella como lo es la gota de rocío para el capullo de una flor que comienza á estender su corola: ella preparó su porvenir.

CONSUELOS.

Las hojas y las flores.

Burláronse las hojas,
de las fugaces flores;
que bellas en colores
de corta vida son:

Cuando ellas, resistiendo
el Canque en fuegos arde,
mueren mucho mas tarde

á impulsos del turbion.
Dijéronles que endebles
solo gozan un dia
la ufana lozanía
que sacan al nacer;

Y pálidas y mustias,
pequeñas y marchitas
están las que bonitas
fueron al sol de ayer.

Y somos, se decian
las hojas arrogantes,
adornos mas constantes
del reino vegetal;

Medramos en tamaño,
en brillo y en gordura,
y solo nos apura
de otoño el vendabal.

Mas de las breves flores
apenas hay memoria,
para ellas no hay victoria,
ni pueden competir

Con la tormenta impia,
que el céfiro primero
abátelas ligero,
ó al Sol han de morir.»

Y la modestia suma
de las flores caidas
á las que envanecidas
habláronles así,

Repuso: «Muy gustosas

al suelo hemos venido:
porque hemos producido
los frutos que hay ahí.»

*Madres desconocidas,
ocultos bienhechores,
si el mundo en sus loores
de vos no hace mención,*

*No envidie vuestro pecho
los arcos triunfales
que alcen á los mortales
el genio ó ambicion;*

*Que si sus nombres grava
en mármoles la historia,
al eclipsar su gloria
vuestro sencillo amor,*

*Os dice la conciencia
exenta de congojas,
que al ser ellos las hojas
vosotros sois la flor.*

NIÑOS CÉLEBRES.

Raisin y Babete.

Juan Bautista Raisin padre de la familia que vamos á conocer, era organista de la catedral de Troyes en Champan: excelente músico al par que inteligente y activo, habitaba una provincia que ofrece pocos recursos

á los artistas, malogrando por consiguiente su talento y sus trabajos: el pobre hombre sufría solo en ver á su numerosa familia en la indigencia. En esta posicion, esperaba mejorar alguntanto su fortuna trabajando; y su ingenio inventaba en vano mil medios para fijar un tanto la inconstancia de su suerte. La villa de Troyes no podia suministrar un número regular de discípulos que pudiesen pagar convenientemente las lecciones de música que él habria podido darles, por lo cual se decidió á enseñar su arte á cuatro de sus hijos, eligiendo á aquellos en quienes reconoció mejores disposiciones. Los pobres niños sabian apenas mover sus pequeños dedos y ya manejaban las teclas del piano; de manera que al poco tiempo Raisin padre, pudo formar una pequeña compañía de cuatro músicos de alguna habilidad; ¿porque en todo caso qué podia esperarse de unos niños tan tiernos? El mayor tenia 8 años, el segundo siete y el mas joven llamado, Juan Bautista como su pradre, contaba cuatro años apenas, como asi bien su hermanita Babete que tenia dos años mas, esto es, seis. Poco hablaremos de los dos mayores; el talento estaba en razon inversa de la edad, de manera que los dos mas jóvenes eran los mejores músicos y al mismo tiempo los mas amables y los mas gra-

ciosos. Estos dos niños se amaban tiernamente con el amor que debe mediar entre hermano y hermana, sacrificándose el uno al otro todos sus gustos, deseos y caprichos, y el uno no tenía otro placer ni otra voluntad que la voluntad y el placer del otro.

Raisin padre comprendió en seguida que el instrumento de su fortuna (si el debía hacerla) había de ser el pequeño Juan Bautista, y he dicho el pequeño, no solo porque no tenía mas que cuatro años sino porque además era tan mono, tan afeminado y tan excesivamente pequeño para su edad que causaba la admiración de todos. El organista de Troyes inventó un piano de una estructura particular y nueva; diferenciábase sobre todo de los otros en que su capacidad interior era un poco mas grande. Provisto de su piano y de su pequeña familia, el artista hizo su dimisión, dió un adios à su órgano y à su vieja catedral de Troyes y se encaminó à Paris, à ese vasto palenque en el que se presenta todo pobre provincial con ánimo decidido de buscar la gloria y la fortuna y con la seguridad de encontrar una y otra. Entonces habia en Paris cada año dos ferias célebres, la feria de S. Lorenzo y la de S. German. No sabemos su origen à punto fijo pero ello es cierto, que lá una se celebra en el estio y la otra en el invierno como tambien que fueron

instituidas para la venta de toda clase de mercancías, y que el comercio gozaba durante aquellos días de ciertas franquicias particulares.

Corría el año 1600, y los titiriteros y far-santes vinieron á instalarse para mostrar á los parisienses mil curiosidades, mil monstruosidades de todo género para dar sus espectáculos. Raisin padre llegó también á Paris en la época de la feria de S. German, y en seguida alquiló un local é instaló un pequeño teatro en el que debía aparecer con su familia. Sobre la puerta de su casa, oscilaba un inmenso cartelon de lienzo en el que se veía pintado un piano debajo del cual en gruesos caracteres se leían estas palabras: «Manucordio maravilloso,» y anunció al público que las personas que le hicieran el honor de asistir á su espectáculo tendrían ocasion de admirar un manucordio maravilloso que tocaría solo los aires que la sociedad tuviese por conveniente elegir, para lo cual bastaría que se le dirigiesen algunas palabras al instrumento.

En el primer día un inmenso concurso invadió el aposento donde debía tener lugar un espectáculo tan nuevo. Tres pianos había dispuestos sobre el teatro; el uno para Raisin padre, el otro para Babete y su hermano mayor, y el tercero que estaba colocado en el

centro no estaba ocupado por persona alguna. El padre y los niños ejecutaron un concierto en sus respectivos pianos, y concluido, el tercero, es decir, el que estaba desocupado repitió la sonata hasta la última nota continuando despues unas deliciosas variaciones. Una de las personas que componian el público mandó al piano ejecutar cierto aire cuya orden fué puntualmente obedecida, y sucesivamente tocaba por sí cuanto se le pedía; bien aprisa, bien despacio, ya fueran aires tristes ó alegres, ya sonatas religiosas, bien canciones nacionales ó himnos de victoria, en una palabra, el tal piano sonaba segun los deseos del espectador. Todos los concurrentes se miraban maravillados unos á otros, no comprendiendo como semejante instrumento pudiera poseer la inteligencia de un ser animado y el talento de un músico hábil. Cada día el pequeño teatro de Raisin adquiria mas nombradía, de manera que su fama llegó hasta la corte; en fin, el joven Rey Luis XIV quiso ver esta maravilla, y la familia Raisin fué llamada al castillo Real de San German en donde estaba entonces la corte.

Despues de un mes de estancia en Paris habia ganado Raisin un poco de dinero y algo de gloria, pero no todavia la conveniente reputacion. El gran día estaba cerca; habia obedecido las órdenes del Rey y la representa-

cion estaba preparada en el Castillo. La corte entera, la Brillante corte de Luis XIV estaba presente.

Raisin padre, su familia, su piano maravilloso, ejecutaron segun la costumbre sus respectivos papeles á satisfaccion del público: el piano sobre todo causó la admiracion de todo el mundo, y cada uno se afanaba á su manera para explicar este inexplicable mecanismo; y no faltó quien hablase de brujerías y encantamientos, pero afortunadamente en aquel tiempo se empezaba á no creer en brujas. La Reina madre, Ana de Austria, hizo aproximar á Raisin padre instándole para que descubriese el secreto; éste se resistió diciendo que era su modo de ganar el pan; esta resistencia escitó mas y mas la creciente curiosidad de la Reina madre que palideció de impaciencia.

El joven Rey Luis 14, se aproximó entonces y puso fin á esta contienda ordenando la apertura del piano. Raisin suplicó, demandó gracia, se escusó diciendo que no tenia la llave, mas todo en vano, Luis 14, no estaba habituado á encontrar oposicion á sus mandatos, y ordenó que se rompiese al momento la máquina; el pobre Raisin acosado en sus últimas trincheras temblando se preparó á abrirlo.

Pasmada quedó la corte al ver salir del instrumento al pobre pequeño Juan Bautista Raisin todo confuso y medio muerto por la sorpresa. Esta interesante criatura perdió el sentido, y la misma Reina le colocó sobre sus rodillas y le hizo respirar su pomito de sales prodigándole tiernas caricias. Perfectamente repuesto, se sentó á un piano ordinario y visible á todos, y repitió todos los aires que habia ya ejecutado desde el fondo de su armoniosa prision; el éxito fué completo, todos los circustantes le ofrecieron sus regalos y salió cargado de oro, colmado de caricias y abrumado de placeres.

Raisin padre habia visto prosperar su establecimiento antes de su admision en la corte; però desde entonces tuvo un éxito mucho mas grande cuando pudo anunciar el triunfo obtenido delante del Rey; en una época, en que la Francia entera veia por decirlo así, por los ojos de Luis 14. De vuelta á su alojamiento en la feria de S German, cada dia veia su casa y sus espectáculos mas concurridos. Acabó la feria y la familia Raisin estaba ya bastante rica para pensar en el descanso. Paris es una Villa en la cual un suceso enriquece de hoy á mañana; mas es raro ver á los dichosos renunciar á la fortuna cuando les ha sonreído una vez; un poco obtenido hace nacer el

deseo de obtener mas; esto hizo Raisin padre por su mala ventura y por mal de su interesante familia. Habiendo visto la facilidad con que sus niños aprendian cuanto se les enseñaba, concibió la loca idea de crear una tropa de pequeños cómicos en la cual los principales papeles estaban destinados para sus jóvenes niños: á este fin hizo componer una pieza ó mas bien una farsa en la cual el pequeño Raisin ejecutaba el principal papel con una gracia y una travesura, que le valia nuevos aplausos cada dia.

La pieza se titulaba la almondeguilla de Troyes. Juan Bautista Raisin era segun hemos dicho chiquito y afeminado, de manera que, envolviéndole todo entero en tafetan gris, presentaba el aspecto de una verdadera almondeguilla y se le servia como uno de tantos platos sobre una mesa opulentamente provista: los demas actores comian de los otros manjares y en seguida se preparaban á destrozar la colosal almondeguilla; á esta sazon uno entre ellos mas comedor que los demas proponia comerse él solo la mitad.

La compañía aceptó, y procedióse con un gran cuchillo á la autopsia de esta inmensa pieza; pero cuando la almondeguilla iba á sufrir este percance, saltó en el aire y rodando sobre la mesa derribó platos, botellas, etc, y en fin rasgó su cubierta como hace

la mariposa de primavera; mas en lugar del bello insecto que despliega al sol sus doradas alas, se vió aparecer un pequeño y ruin cerdo de leche que comia como un gloton los manjares preparados para los convidados á quienes mordía las pantorri-llas. Los actores procuraban salvarse sin mas que correr y gritar, pero uno mas valeroso que los otros se vuelve á ellos re-prendiendoles su cobardia proponiendo em-bestir con un cuchillo al animal revoltoso: dicho y hecho, el valiente convidado se arma de un cuchillo y se prepara á perse-guir al cochinito; va de una parte á otra, pero una nueva metamórfosis se opera en-tonces; el animal desaparece para hacer lu-gar á un pequeño diablo negro, feo, erizado furioso, que se apodera del cuchillo desti-nado á dar muerte á su predecesor, y po-ne á los agresores en términos de implorar su perdon.

Un dia el actor encargado de combatir con el pequeño cerdo, cogió inadvertida-mente un cuchillo cuya punta era muy fina; defendiéndose contra el pequeño animal, se lanzó sobre él y se trabó una lucha, pero una lucha desigual; ofuscada sin duda la razon del agresor tiraba de su cuchillo á derecha y á izquierda, y el desgraciado ni-ño cayó atravesado de muchos golpes, y mor-

talmente herido por su adversario: los socorros mas pronto no bastaron á salvarle, muriendo algunos dias despues de esta fatal aventura.

Entonces no tenia mas que seis años, y repetia muchísimas veces durante su agonia; Dios mio! Dios mio! ¿qué va á ser de Babete? Y ciertamente, Raisin y Babete, el hermano y la hermana estaban unidos con la mas estrecha amistad, y á fé que su mútuo cariño era bien tierno, bien sincero; ellos no se separaban jamas, partian sus gozes, sus placeres, sus penas, sus aplausos y lo que sentia Babete lo sentia Raisin tambien. ¿Cuál fué pues la desesperacion de Babete á la vista de su hermano moribundo! La pobre niña hubiese querido tambien seguir á la tumba á su adorado hermano con lo cual hubiera sido dichosa: yo moriré contigo, decia, mas Dios no lo quiso así.

Babete sobrevivió á Raisin, pero no fué ya aquella niña llena de gracia, de espíritu y de talento: su razon trastornada por este suceso terrible empezó á desordenarse sin que pudiera jamas restablecerse: por último se volvió loca; corria la infeliz pidiendo á todos los que veia le indicasen el estado de Raisin. Cuando estaba sola creia verle, le hablaba, le abrazaba, pero se apercibia luego de su error y le sobrevenian

lamentables crisis que concluían con sordos y prolongados gemidos. El padre de estos dos pobres niños reconoció harto tarde cuan culpable había sido, pues su insaciable avaricia le había hecho preferir á una felicidad tranquila y honesta, una industria poco digna aunque mas lucrativa.

LAS ÚLTIMAS HORAS DE DOS DIFERENTES VIDAS.

Imitacion del aleman.

Hay una arraigada creencia en algunas comarcas del Norte de la Germania de que en el sueño de la noche primera del año vé cada uno su destino.

En dicha noche un anciano se asomó á su ventana, y contempló con los ojos llenos de melancolía el cielo tranquilo y sereno donde los astros seguían sin alterar en lo mas mínimo su acompasada marcha sin amortiguar su brillo, semejante á un jardín cuyas flores son eternas: bajó el anciano la desesperante mirada á la tierra, y hallóla pura y nevada, pero también tranquila, y en la cual no había ninguna otra criatura cuyo corazón estuviese tan lacerado.

Vecino al sepulcro, ostentando, en vez de la gallardía de la juventud, la nieve de la vejez que armonizaba con la de los cam-

pos, y llena su alma de errores, de crímenes y de remordimientos. Y á través de sus congojosos suspiros cruzaban como fantasmas lejanos los bellos días de sus infantiles años, y veían sus ojos el esplendente sol de aquel hermoso día en que por primera vez llevóle su padre á la encrucijada, cuya derecha guía al país de la luz y de los ángeles y cuya izquierda conduce por las lobregeces del vicio á caliginosos lugares.

¡Ay! Su pecho era presa de venenosas serpientes que destilaban sobre su corazón letal ponzoña. Abismado en terribles amarguras alzó al cielo su triste mirada y clamó desconsolado: «¡Padre, vuélveme á los días de mi juventud para que yo pueda elegir de nuevo mi camino!» Pero su padre había ya mucho que era muerto para él.

Vióse de repente en el lugar donde las grandezas humanas yacen confundidas en el polvo al nivel de las mas miserables finadas existencias, y notó que sus pies estaban en la fosa que le aguardaba, y que á su alrededor revoloteaban fuegos fatuos, y exclamó: «Esos son los días de mis juveniles locuras.» Y aquellas luces salidas de los cenagales morían en el Campo Santo.

Mas hé aquí que suenan las doce de la

noche del día de año nuevo, y tras del acompasado sonido del mazo que hiera el retumbante metal, percíbense lejanas armonías, que á poco van haciéndose mas claras; y apareciendo ante sus ojos el tierno espectáculo de un dichoso padre que muere rodeado de sus queridos hijos. Siente convertirse aquella música en la voz dulce y persuasiva del moribundo que se despiden tranquilo, á la manera que la fruta madura se desprende sin violencia del árbol.

«No lloreis mis dulces hijos: mi cuerpo os abandona, pero mi espíritu se cernerá sobre vuestras cabezas como un genio protector, desde el momento en que mis ojos se cierran á la luz. No lloreis por mi amados míos: la muerte es el velo que descubre á los ojos del hombre los mas sublimes misterios: es el portero que nos introduce en los palacios de Dios; es desprenderse un ángel del barro que le encarcelaba é impedía estender sus nítidas alas: concluyen las enfermedades y empieza la salud: acaban los enigmas y se complace nuestro ser en la verdad que ansiaba, cesan absolutamente los males y se confirman todos los bienes. Separémonos corporalmente, y desde el escabel del trono de Dios contemplaré vuestros pasos sobre la tierra, y me complaceré en todos los bienes

que Dios derramará sobre vosotros.»

Estas palabras que tenían el timbre de la enervadora melodía cuyos acordes serpean agradablemente por el interior de nuestro ser, hirieron con crueldad el corazón del anciano, como si al reflejar en su oído se trocasen en agudos puñales; quiso poner la mano en su seno y no halló sitio que no fuera una profunda llaga. «¡Ay! se dijo, también yo hubiera podido tranquilo como ese llegar á mi último día!»

Vió luego el alma de aquel padre volar envuelta en luz al seno de Dios, y á sus hijos enderezando sus pasos para seguir el camino que su padre les trazara. Entonces repitió: «El justo es un árbol cuyas profundas raíces dan siempre renuevos que llevan los mismos esquisitos frutos.»

Luego vió al resplandor de la aurora la imagen de su juventud en figura de un robusto mancebo que hacia mofa y escarnio de su vejez, y al enturbiársele los ojos, y al desfallecer de dolor, gritó desesperado: «¡Vuelve, juventud, vuelve por Dios!»

Y la juventud volvió; porque solo había sido esto un sueño de un joven recién salido de la niñez, que aunque extraviado por algunas faltas tenía el consuelo de poder dejar en aquel momento la senda de los vicios, por el vergel florido de la virtud.

Volved atrás, hijos míos, si alguna vez os vieseis empeñados en el mal camino; porque este sueño será vuestro juez: y pensad que cuando al borde de la vida digais «vuelve, hermosa juventud,» la juventud no volverá.

Niños que han resuelto los ejercicios del 5.º número.

Todos los ejercicios. = D. Pantaleon Franco, D. Miguel Alastuey y D.ª Petra Alastuey.

Análisis gramatical y problemas. = Dón Eduardo de España, Francisco Val, Ramon Chies, Juan Gascue, Mariano Gascue, Alejandro Alaba, Luis Arocena, Alejandro Barber, Camilo Marcen y Felix Ainsa.

Análisis gramatical. = D. Baldomero Bernal y D. Cipriano Oca.

CHARADA.

Si repetis mi primera
Nombre propio sonará
Que por cierto es muy bonito....
¿Quién así se llamará?
Al niño que me lo diga
Prometo que le he de dar
Mi primera y mi segunda,
que ya se le gustará,
Porque es fruta que en mi huerto

Con mucha abundancia la hay.
Mas no ha de tener el vicio,
De viejos, propio no mas,
De tomar segunda y prima,
Porque le hará estornudar,
Siempre que os araña el gato
(Ya me direis si es verdad)
Mi tercera y mi primera
Decis por lo regular.

Y á pesar de sus dos silabas
La voy á calificar
De interjeccion, aunque alguno
Tal vez lo criticará.

Y ahora que la gramática
La saco aqui á ventilar
Todo un nombre aumentativo
Es mi todo, á no dudar,
De mi primera y segunda,
Mirad si es casualidad.

Si necesitais mas datos
Ya me vendreis á avisar
Que lo que es por hoy, queridos,
Ya no quiero daros mas;
Ademas son fastidiosos
Los asonantes en a.

L. C. y C.

ZARAGOZA.

Imprenta del Instructor, á cargo de Santiago Ballés.
Arco de Cineja, n. 66.—1856.